

“EDUCADORES, TESTIGOS DE LA VERDAD Y DEL BIEN”

1. Mirada al futuro al final de cada año litúrgico. Estamos acabando el año cristiano y, por eso, las lecturas nos orientan hacia la escatología, es decir, el futuro de la historia, el juicio final, los cielos nuevos y la tierra nueva. En este sentido hemos de entender la Palabra de Dios que este domingo ha sido proclamada.

En efecto, las lecturas de hoy nos aseguran que la última palabra no la tiene el mal, ni la muerte, ni el pecado. El libro de Daniel nos comunica un mensaje de esperanza: a pesar de las apariencias, no podemos dejarnos vencer por el cansancio o la desilusión, porque el triunfo está en las manos del Dios de la Vida.

La carta a los Hebreos nos pone como modelo y motivo de confianza al mismo Jesús. Él ha vencido al pecado, de una vez por todas, con su sacrificio en la cruz. Él es el “cordero de Dios que quita el pecado del mundo”, como se nos dice momentos antes de la comunión. Aunque en nuestra vida personal haya momentos de angustia o de prueba, como nos advierte Jesucristo, nuestros ojos han de elevarse por encima de los acontecimientos y adoptar la perspectiva desde la que Dios contempla nuestra historia. Nos vendría bien recordar en estas circunstancias las palabras del salmista: “tengo siempre al Señor, con Él a mi derecha no vacilaré”.

2. El evangelio de san Marcos nos invita hoy a vivir en esperanza, vigilantes siempre, alejados del pecado y realizando obras buenas y, por lo mismo, meritorias. Es bueno, por tanto, que miremos al futuro, que nuestra existencia esté orientada hacia nuestro encuentro con Jesucristo, nuestro Salvador. El que peregrina tiene siempre en cuenta no sólo por dónde transita, sino también hacia dónde dirige sus pasos, cuál es la meta que ha de alcanzar.

Lo importante no es tanto saber cuándo y cómo sucederá el final de todo, sino estar preparados para que, cuando llegue el momento, nuestro momento, el Señor nos halle dignos de ser admitidos a su presencia, para ser felices con Él.

3. También la educación también está abierta al futuro. En este Congreso Nacional de la enseñanza privada, nos viene bien recordar las palabras del Papa Benedicto XVI. Él nos anima a **no tener miedo ante el reto de educar** a nuestros niños y jóvenes. Pienso en todos, puesto que todos podemos educar a otros con nuestro comportamiento ejemplar. Y pienso, sobre todo, en los representantes de 10 Comunidades Autónomas, presentes en este Congreso. Os animo a inculcar valores desde muy temprana edad:

“Todos nos preocupamos profundamente por el bien de las personas que amamos, en particular por nuestros niños, adolescentes y jóvenes. Sabemos, de hecho, que de ellos depende el futuro... Debemos,

por tanto, **preocuparnos por la formación de las futuras generaciones**, por su capacidad de orientarse en la vida y de discernir el bien del mal, por su salud no sólo física sino también moral”¹.

Todos los contratiempos y dificultades que puedan presentarse en esta labor no han de quitarnos la paz ni enturbiar el horizonte hacia el que nos dirigimos:

“¡No tengáis miedo!, repite Benedicto XVI. En efecto, todas estas dificultades no son insuperables... A diferencia de lo que sucede en el campo técnico o económico, donde los progresos actuales pueden sumarse a los del pasado, en el ámbito de la formación y del crecimiento moral de las personas no existe esa misma posibilidad de acumulación, porque la libertad del hombre siempre es nueva y, por tanto, cada persona y cada generación debe tomar de nuevo, personalmente, sus decisiones”.

Es cierto que **la tarea educadora nunca ha sido fácil, pero no deja por ello de ser ilusionante**. No podemos caer en la tentación de pensar que hoy los adultos ya no son capaces de educar, pues

“no sólo están en juego las responsabilidades personales de los adultos o de los jóvenes, que ciertamente existen y no deben ocultarse, sino también un clima generalizado, una mentalidad y una forma de cultura que llevan a **dudar del valor de la persona humana, del significado mismo de la verdad y del bien**; en definitiva, de la bondad de la vida”.

Por eso es muy importante que, en la situación actual, los educadores no os conforméis con ser meros transmisores de nociones o datos,

“dejando a un lado **la gran pregunta acerca de la verdad**, sobre todo acerca de la verdad que puede guiar la vida. También el sufrimiento forma parte de la verdad de nuestra vida. Por eso, al tratar de proteger a los más jóvenes de cualquier dificultad y experiencia de dolor, corremos el riesgo de formar, a pesar de nuestras buenas intenciones, personas frágiles y poco generosas, pues la capacidad de amar corresponde a la capacidad de sufrir, y de sufrir juntos”.

Somos conscientes de que **educar es una tarea muy delicada**: los padres ponen en vuestras manos lo más valioso que tienen, sus propios hijos. A éstos tendréis que formar y educar encontrando

“el equilibrio adecuado entre libertad y disciplina. Sin reglas de comportamiento y de vida, aplicadas día a día también en las cosas pequeñas, no se forma el carácter y no se prepara para afrontar las pruebas, que no faltarán en el futuro... Debemos aceptar el riesgo de la libertad, estando siempre atentos a ayudarles a corregir ideas y decisiones equivocadas. En cambio, lo que nunca debemos hacer es

¹ BENEDICTO XVI, *Carta sobre la tarea urgente de la educación*, 21 de enero de 2008. Las siguientes citas corresponden a este mismo documento.

secundarlos en sus errores, fingir que no los vemos o, peor aún, que los compartimos como si fueran las nuevas fronteras del progreso humano”.

En definitiva, los educadores estáis llamados –pues vuestra misión es también vocación– a ser **testigos de la verdad y del bien**, como consecuencia de vuestra personal implicación en el trabajo que lleváis a cabo, y también como reflejo de una **vida coherente con aquello que enseñáis y creéis**. Los demás podrán ver, así, que vuestra entrega no es un mero cumplimiento, sino expresión de un amor auténtico.

Os invito, con palabras del Santo Padre, a **caminar apoyados en dos muletas** que os ayudarán a no tropezar, a manteneros siempre en pie y con la mirada puesta en el futuro; estas muletas son **la responsabilidad y la esperanza**:

“Es decisivo el sentido de responsabilidad –explica Benedicto XVI–. La responsabilidad es, en primer lugar, personal; pero hay también una responsabilidad que compartimos juntos... como miembros de la familia humana y, si somos creyentes, como hijos de un único Dios y miembros de la Iglesia. De hecho, las ideas, los estilos de vida, las leyes, las orientaciones globales de la sociedad en que vivimos, y la imagen que da de sí misma a través de los medios de comunicación, ejercen gran influencia en la formación de las nuevas generaciones para el bien, pero a menudo también para el mal... Por tanto, se necesita la contribución de cada uno de nosotros... para que la sociedad... llegue a crear un ambiente más favorable a la educación”.

Sobre la esperanza, el Papa recuerda lo que escribió recientemente en su **carta encíclica *Spe salvi***:

“Sólo una esperanza fiable puede ser el alma de la educación, como de toda la vida. Hoy nuestra esperanza se ve acechada desde muchas partes, y también nosotros... corremos el riesgo de convertirnos en hombres "sin esperanza y sin Dios en este mundo", como escribió el apóstol san Pablo a los cristianos de Éfeso (*Ef 2,12*)... En la raíz de la crisis de la educación hay una crisis de confianza en la vida. Por consiguiente, no puedo terminar esta carta sin una cordial invitación a **poner nuestra esperanza en Dios**”.

Él es el Dios de la Vida. “Concedenos, Señor, vivir siempre alegres en tu servicio, porque en servirte a Ti, Creador de todo bien, consiste el gozo pleno y verdadero” (oración colecta del día).



✠ Rafael Palmero Ramos
Obispo de Orihuela–Alicante